

**SIXTO GARCIA**  
**REFLEXIÓN DEL EVANGELIO**  
**SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA (DIVINA MISERICORDIA): JUAN**  
**20: 19-31**

**TEXTO**

Al atardecer del aquel día, el primero de la semana, los discípulos tenían cerradas las puertas del lugar donde se encontraban, pues tenían miedo a los judíos. Entonces se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz con ustedes.” Dicho esto, les lavó las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: “La paz con ustedes. Como el Padre me envió, también yo les envío.” Dicho esto, sopló y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes ustedes se los retengan, les quedan retenidos.”

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le dijeron: “Hemos visto al Señor.” Pero él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y mi mano en su costado, no creeré.” Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio de ellos estando las puertas cerradas, y les dijo: “La paz con ustedes.” Luego se dirigió a Tomás: “Acerca aquí tu dedo y mira mi mano, trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente.” Tomás le contestó: “Señor mío y Dios mío.” Replicó Jesús: “Porque has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído.”

Jesús realizó en presencia de los discípulos otros muchos signos que no están escritos en este libro. Éstos han sido escritos para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre.

**CONTEXTO**

1) El comienzo del texto de hoy continúa, y concluye, en cierto modo, la jornada de fe de María Magdalena, narrada en el evangelio del lunes (Juan 20: 1-14), que termina con la confesión de María: “He visto al Señor,” y continúa la de los discípulos. A pesar de oír el anuncio de María, “tenían cerradas las puertas del lugar donde se encontraban, pues tenían miedo a los judíos” - Todavía están en un proceso hacia la fe incondicional en el Resucitado.

2) Es en esta situación que Jesús se les aparece. Los saluda con la forma convencional: “eirene hymin,” “la paz con ustedes” – Pero en el contexto de la narrativa, el saludo actualiza las promesas de Jesús en Juan 14: 27 (“Les dejo mi paz, mi paz les doy; no se las doy como la da el mundo. No se sientan turbados ni se acobarden”) y Juan 16: 33 (“Les he dicho estas cosas para que tengan paz en mí. En el mundo vivirán atribulados, pero tengan buen ánimo: yo he vencido al mundo”).

3) Pero, ¿quién es éste? ¿Será un fantasma? Jesús les enseña las manos y el costado - Es el mismo Jesús que conocen como el Crucificado, levantado en una cruz y cuyo costado había sido traspasado con una lanza (Juan 19: 8, 34) – y reaccionan con alegría.

4) María Magdalena y el Discípulo Amado han peregrinado desde una situación de increencia, a una de fe condicional, y por fin a una aceptación incondicional del Señor Resucitado (Juan 20: 3-9; 11-18). Los discípulos congregados (¿en el Cenáculo?) han oído el mensaje de María, lo han visto confirmado, y responden con paz y alegría – La misión de María Magdalena ha concluido.

5) Y ahora los discípulos son enviados a comunicar y testimoniar los frutos del triunfo de Jesús sobre la muerte y el pecado - más allá del tiempo y la historia de los caracteres del relato - El envío de Jesús, que fluye del envío de su Padre, cumple las palabras de Jesús en Juan 17: 18): “Como tú me has enviado al mundo, así los he enviado yo al mundo” – Estamos en presencia de un acto constitutivo de la comunidad cristiana, fluyendo, como un río de su manantial, del acto fundamental al pie de la cruz, en la misión a su madre y al Discípulo Amado (Juan 19: 25-27) y de la lanzada en el costado (Juan 19: 34!

6) Pero los discípulos, frágiles, infieles, pecadores, tienen que ser santificados (Juan 17: 17-19) – La santificación es obra del Paráclito, del Espíritu Santo (Juan 14: 16-17; 15: 26-27; 16: 7-15).

7) Y aquí el evangelista completa el círculo del envío del Espíritu Santo, que tan maravillosamente (y tan discretamente) ha venido desarrollando desde la Fiesta de las Chozas! La misión del Espíritu procede en cuatro etapas:

a) Primera Etapa: Juan 7: 37-39: “El último día de la Fiesta (de las Chozas), el más solemne, Jesús puesto en pie dijo en voz alta: ‘Si alguno tiene sed, que venga a mí y beberá; del que cree en mí se puede decir lo que afirma la Escritura: de su seno manarán ríos de agua viva.’ Esto lo dijo refiriéndose al

Espíritu que iban a recibir de él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado.

b) Segunda Etapa: Juan 15: 26: “ ‘Cuando venga el Paráclito, que yo les enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí.’ ”

c) Tercera Etapa: Juan 19: 30: “ ‘Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: ‘Todo está cumplido.’ E inclinando la cabeza, entregó el Espíritu.’ ”

d) Cuarta Etapa: El texto de hoy: “ ‘Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes ustedes se los retengan, les quedan retenidos.’ ” (Juan 20: 22-23).

8) Los discípulos reciben ahora, del mismo Jesús Resucitado, la plenitud del Espíritu - ahora ha llegado el Espíritu – ahora Jesús ha sido glorificado - La misión de perdonar los pecados es, como ha dicho Raymond Brown, “el poder de aislar, rechazar, y negar el mal y el pecado, poder que el Padre le ha dado a Jesús, y que ahora Jesús confiere, a su vez, por medio el Espíritu, a los discípulos que él ha comisionado.”

9) Pero aquí surge la figura del discípulo ausente, Tomás. En un ambiente de paz y alegría, experimentadas por los otros discípulos, Tomás, a semejanza de María Magdalena, del Discípulo Amado, de Pedro, tiene que proceder de la incredulidad a la fe.

10) Tomás impone condiciones para dejar a un lado su credulidad. Su actitud es arrogante (“Si no . . . no creeré”) – Si Jesús no cumple sus condiciones, tiene intención de permanecer en su situación actual de no creer (“ou me pisteuso”) – Tomás exige que Jesús se deje tocar.

11) Jesús lo invita a tocarlo, y a profesar su fe, a dejar a un lado su terca y presuntuosa incredulidad. La respuesta de Tomás: “Señor mío y Dios mío,” ha dado lugar a debates y opiniones diversas – No pocos exégetas sostienen que es una respuesta cristiana a la pretensión del Emperador Domiciano (81-96 D.C.) cuyo reinado pudo muy bien coincidir con la redacción final del Cuarto Evangelio – Domiciano había ordenado imprimir monedas con la inscripción “Dominus et Deus noster” – “Señor y Dios nuestro” – Francis Moloney, Rudolf Schnackenburg, y otros afirman que esta opinión, aunque difundida, no toma en cuenta el hecho de que “Señor mío y Dios mío” en boca de Tomás es una confesión, no una respuesta o refutación ante una proclamación pública del culto divino al emperador, ya

vigente, aunque todavía no universalizado, desde los tiempos del primer emperador, Octaviano (César Augusto: 27 A.C-14 D.C.)

12) Y, en verdad, “Señor mío y Dios mío” es la cima, la densidad máxima de confesión Cristológica del evangelio de Juan - De todo el Nuevo Testamento (Raymond Brown) - “Ho kyrios mou kai ho theos mou” – “Kyrios” es la palabra griega usada por la traducción de los LXX para verter el nombre impronunciable, “Yahve,” o su equivalente más común, “Adonai” – Todo el Cuarto Evangelio converge en esta confesión, movida por una fe imperfecta, una fe que llega a su plenitud solamente después de “tocar” (aunque no hay evidencia de que Tomás llevó a cabo el rito de poner sus dedos en las manos de Jesús y meter su mano en el costado)

13) Esta narrativa, en definitiva, tiene como lectores y oyentes a los cristianos de generaciones posteriores, ¡que no han visto a Jesús! Por ello Jesús pronuncia su bendición final, su “macarismo” sobre aquellos que han creído sin haber visto.

14) María Magdalena caminó su jornada hacia la fe, pero en el proceso quiso “asirse” a Jesús (Juan 20: 7) - Tomás llega a la fe definitiva exigiendo tocar igualmente a Jesús (Juan 20: 25) - El Discípulo Amado emerge como el más auténtico discípulo, porque, en la tumba vacía, donde Jesús ya no podía ser visto, este discípulo “vio y creyó” (Juan 20: 8)

## **¿QUÉ NOS DICE TODO ESTO A NOSOTROS, HOY?**

“Tu autem eras intimo meo et superior summo meo” (“Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío”) – S. Agustín, “Confesiones”, III, 6, 11

1) Nuestra experiencia de fe, como bien ha descrito Georges Bernanos en su libro “Journal d’un cure de campagne” (“Diario de un cura de aldea”) es un devenir que procede en medio de luces y sombras, es un sendero donde no escasean las piedras y los obstáculos de toda índole – no viaja rauda como una flecha buscando su diana sin obstrucciones que impidan su misión – nace, crece, se fortalece, se debilita, vuelve a energizarse, en nuestro sendero diario.

2) La bendición de Jesús para aquellos que “no han visto y han creído” tiene ecos en la Primera Carta de Pedro 1: 8: “Ustedes aman a Jesucristo, aun sin haberle visto; creen en él, aunque de momento no lo vean” – El capítulo 21 del Cuarto Evangelio, parte integral del evangelio, tal y como todos los manuscritos más antiguos, sin excepción, confirman, es un relato que habla a la comunidad

posterior, a los cristianos de aquellas generaciones que no habían “visto” a Jesús, pero que empeñaban su vida y hacienda por el nombre del Resucitado – ¡Las Escrituras y la identidad sacramental (Juan 19: 34) de la comunidad de fe, cumpliendo las promesas de Jesús, lo hacen presente, por medio del Espíritu enviado por Jesús (Juan 7: 37-39; 15: 26; 19: 30; 20: 19-22) en la nueva familia fundada por él en la cruz (Juan 19: 25-27)!

3) Es difícil - ¿no es así? – discernir, encontrar, abrazarnos a Jesús en momentos cuando la angustia, el dolor y la amenaza de la desesperación atenazan nuestras almas y corazones, cuando la aflicción y la congoja, la incertidumbre y la duda parecen adueñarse de nuestras vidas, parecen dictar nuestras decisiones – Pero el evangelio de hoy nos invita a hacer, en esos momentos, la confesión última: “¡Señor mío y Dios mío!” – Jesús es más íntimo a nosotros (“Interior íntimo meo” – decía San Agustín – “Confesiones,” III. 6. 11) que nosotros mismos – San Pablo lo recoge en su catequesis Cristológica a los Gálatas: “Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (Gálatas 2: 20)

4) En la celebración de la misericordia impensable de Dios, que la Iglesia nos pide conmemorar este domingo (“Divina Misericordia”), recordemos que Jesús está presente, de forma eminente, y por su propia proclamación (Mateo 25: 31-46) en aquellos que sufren, los hambrientos y los pobres, los encarcelados injustamente y los migrantes despreciados – Podemos ver la faz de Jesús en ellos, la faz de aquel ante el cual confesamos y adoramos: “Señor mío y Dios mío” – ¡y solamente en el compromiso apasionado, vulnerable riesgoso con ellos, fluyendo de las Escrituras y de la oración de la familia de Jesús, de la Iglesia, del Pueblo de Dios (Vaticano II, “Lumen Gentium,” 9) tiene sentido esa confesión!